

Y el crimen siempre á la virtud prefieres,
Y aún prefirieras un ladrón á Cristo....”

Desgraciadamente, todo eso es verdad; aunque
no sea poesía.

Que no lo es.



SALVADOR CORDERO Y BUENROSTRO.

Se ha observado que las personas cuyos nombres ó apellidos son de esos que expresan determinadas cualidades, suelen tener las contrarias precisamente.

Es decir, que los que se llaman de apellido *Moreno* suelen ser rubios, y los que se llaman *Rubio* suelen ser morenos, y un *Homobono* suele ser un bribón, y un *Cándido* suele ser un tunante, y una *Rosa* suele ser un espantajo, y una *Pura* es á lo mejor.... cualquier cosa.

No sé yo si el Sr. D. *Salvador Cordero y Buenrostro*, que es el poeta, digámoslo así, que va á ocupar hoy la benévola atención de los lectores y la mía, estará del todo comprendido en la regla.

Por de pronto, aunque se llama *Salvador*, no me parece que es el que ha de salvar á la poesía de

los abismos de inmundada prosa en que la va sumiendo la llamada civilización moderna.

Ni tampoco se deja de tener para aquella hermosa y desvalida señora, al par que verdaderas sencilleces de cordero, sañas de lobo.

Y por lo que hace al último apellido, puede ser que el Sr. D. Salvador Cordero y Buenrostro sea efectivamente de rostro agraciado, no digo que no; pero aunque en realidad tenga buen rostro, no tiene buen gusto.

Buen gusto literario, se entiende.

Vean ustedes las tres décimas que ha escrito *En el álbum de Asunción*, con la agravante de haberlas publicado después en *El Porvenir de México*, y me darán ustedes la razón de seguro.

Empieza D. Salvador así:

“Para ensalzar tu virtud,
Tu noble y fiel corazón,
Ha tenido inspiración
Mi ya insonoro laúd....”

¿*Mi-ya-in...sonoro!*.... ¿No es verdad que esto es realmente muy insonoro y muy malo?

¿Qué oído ni qué gusto poético puede tener el que escribe este verso:

“*Mi-y'*-insonoro laúd?....”

Ese *miyin*....

¡Vamos.... si no hay quien lo pronuncie de corrido!....

Y sigue:

“Que aún vibra en el ataúd....”

¿En el ataúd?.... ¿Pero es que se murió usted y canta después de muerto?

Entonces casi se parece usted al Cid; con la sola diferencia de que aquel después de muerto ganaba las batallas y usted las pierde, por lo que voy viendo.

¡Mire usted que eso de vibrar el laúd en el ataúd!....

“Para ensalzar tu virtud,
Tu noble y fiel corazón,
Ha tenido inspiración
Mi ya insonoro laúd,
Que aún vibra en el ataúd....”

No se puede negar que esto, si no tiene belleza, novedad, á lo menos, la tiene.

Es verdad que no se trata de un ataúd de hierro galvanizado, ni de un ataúd de zinc, ni siquiera de un ataúd de chopo, sino de otro ataúd enteramente desconocido hasta ahora de nuestras solícitas empresas funerarias.

Porque el poeta, llamémosle así, continúa de esta manera:

“.....
Ha tenido inspiración
Mi ya insonoro laúd,
Que aún vibra en el ataúd
De los fieros sinsabores....”

Mire usted, Sr. D. Salvador, á los *sinsabores* no se les puede llamar ataúd por fieros que sean. Se les podrá llamar figuradamente potro, mar de amargura, rueda de cuchillos, lecho de Procusto.... lo que usted quiera; menos ataúd, lo que usted quiera.

Porque en el ataúd no suelen echar á nadie, sino al que se ha muerto, y el que se ha muerto no sufre ya *sinsabores*, ni fieros ni mansos, en este mundo.

De modo que la idea de ataúd y la de *sinsabor* se repelen, y por consecuencia la imagen no puede ser más desgraciada.

Continuemos:

Quedábamos en el "insonoro laúd...."

"Que aún vibra en el ataúd
De los fieros *sinsabores*,
Que han marchitado las flores
De mi juventud primera,
Que no ha visto primavera...."

Bueno: en primer lugar, esos tres *ques* seguidos son muchos *ques*. Así, podía usted seguir escribiendo hasta el año que viene, ó hasta el fin de su vida (y ¡Dios se la prolongue!), sin acabar el período.

En segundo lugar, incurre usted ahí en una contradicción palmaria.

Dice usted que los *fieros sinsabores* han marchitado las flores de su juventud *primera*, que no ha visto primavera...."

Si no ha visto primavera ¿cómo tenía flores?... Y si no las tenía ¿cómo las pudieron marchitar los *sinsabores*?....

¡Ay, D. Salvador! Que no vale escribir así al vultum tuum.... Hay que pensar lo que se escribe.

Ese otro sistema, el de usted, vamos, el de ir escribiendo lo que salga, es muy descansado para el que escribe; mas para el que lee, resulta muy pesado y muy soso.

Como descansado para el escritor, sí lo es; porque no tiene que hacer más que ir atornillando *ques* y pasando de una cosa á otra. Verbigracia:

"Mi ya insonoro laúd *que* aún vibra en el ataúd de los fieros *sinsabores*, *que* han marchitado las flores de mi juventud primera, *que* no ha visto primavera, sino tristeza y dolores," *que* son terribles para el alma, que es inmortal y fué criada por Dios, *que* colocó á Adán y á Eva en el paraíso, *que* era un jardín muy hermoso con cuatro ríos, *que* llevaban mucha agua, *que* se compone de oxígeno é hidrógeno, *que* son dos cuerpos simples, como algunas poesías.... Etc., etc.

Vamos á la décima siguiente:

"Con sólo poder mirarte
En medio de tu belleza...."

¡Hombre! ¿Precisamente en medio?.... Bueno: siga usted, á ver....

"Con sólo *poder* mirarte
En medio de tu belleza
Puede uno...."

¡Claro! "Con sólo *poder*.... puede uno." Eso cualquiera lo canta.

Con sólo *poder* mirarte
En medio de tu belleza
Puede uno ver tu pureza...."

¡Ah! Pues no: eso es lo que no se puede ver.

Digo, si se refiere usted á la pureza moral, espiritual, á la pureza del alma, esa es invisible.

Ahora, si alude usted á la pureza material, si lo que dice usted que se puede ver es que Asunción se lava la cara todos los días, entonces tiene usted razón, eso puede verse.

Lo que hay es que eso no se suele llamar pureza, sino limpieza, aseo ó cosa así.

Repitamos el principio de la décima:

"Con sólo *poder* mirarte
En medio de tu belleza
(O en la orilla ¿no es lo mismo?)
Puede uno ver tu pureza...."

• Y tampoco, ahora que reparo, tampoco esto es exacto, aun cuando usted se refiera á la pureza material.

Porque tampoco ésta se ve *con sólo poder* mirarla. Vamos, que no basta poder mirar: hay que mirar para verla.

"Con sólo poder mirarte
En medio de tu belleza,
Puede uno ver tu pureza,
Las flores que al adornarte...."

¡Adiós! ahora salen las flores....

Pero ¿qué quiere usted decir con eso?.... ¿Que tan sólo con *poder* mirar á Asunción *puede uno* ver las flores que al adornarla.... etcétera? Pues digo lo mismo que antes. Con sólo poder mirarla, no; hay que mirarla y mirar las flores....

Vuelta á empezar:

"Con sólo *poder* mirarte
En medio de tu belleza,
Puede uno ver tu pureza,
Las flores que al adornarte
Hacen al hombre admirarte...."

¡Ay, ay, ay! ¿Con que lo que hace al hombre admirar á Asunción son *las flores* que la adornan, no sus propias gracias? ¡Pues vaya un elogio que la dice usted! No sé cómo al enterarse no le tiró á usted el álbum á la cabeza.

Vamos adelante.

".....
Puede uno ver tu pureza,
Las flores que, al adornarte,
Hacen al hombre admirarte...."

• De modo que, no adornada
Con flores, no es admirada.

"Hacen al hombre admirarte,
Como en una joya preciosa,
Que á la par de ser hermosa
Como alhaja de valor
(¡Cuánto come este señor!)
Tiene la luz y el color
De la perla más valiosa...."

"Valiosa.... preciosa (que es igual).... hermosa (que tratándose de una joya es casi lo mismo); y luego mirarte, adornarte, admirarte, y todos los acabados en arte, como.... soso y pesado.

Y después.... comparar á una señorita con una joya preciosa, y á la joya preciosa con una alhaja de valor, que es lo mismo que joya preciosa, y á la alhaja de valor con una perla valiosa que puede ser y es muchas veces parte de la alhaja....

Muy malo, muy malo, señor de Buenrostro: todo esto es muy malo.

Vamos á ver si concluimos. La tercera décima dice:

"Cuando pienso en que eres buena,
Que tu fe es la religión,

(Naturalmente).

Tu estandarte la oración,

(Lo cual ya no es tan natural, porque ni la oración es estandarte, ni es de rigor que cada señorita lleve uno).

Que tu vida está serena...."

Sí lo estará; pero dudo que lo esté tanto como otras.... Lo que es, para serenidad, el autor de estos versos.

"Que tu vida está serena
Sin que conozcas la pena
(Esa niña no está buena),
Marchando con gran placer...."

¿Con gran placer.... y sin bulla?....
Me parece de Carulla,
¡A través del Océano.
Los genios se dan la mano!
Mas dejémosle que acabe,
Y vamos á echar la llave.

"Cuando pienso en que eres buena....
Que tu vida está serena
Sin que conozcas la pena,
(¡Válgame la Magdalena!)
Marchando con gran placer
Por la senda del deber,
Podré crecer por el cariño...."

¿Sí? Usted podrá crecer, pero el verso creo que no; porque ya ha crecido de sobra.

¡Virgen Santísima, qué verso!!!

Y aun suponiendo que el *crecer*, sea errata y que usted escriba *creer*, y que el verso diga:

"Podré creer por el cariño...."

todavía es demasiado largo, porque *creer* tiene dos sílabas en toda tierra de letras, y para que ese ver-

so fuera verso octosílabo tenía *creer* que reducirse á una sílaba sola, lo cual es casi tan difícil como el que un mal poeta se reduzca á silencio.

IGNACIO M. LUCHICHÍ.

Volviendo á Méjico.... tienen allí un D. Ignacio M. Luchichí que vale cualquier cosa.

Con tal que la cosa no valga más que el señor Luchi.... *chí* (no sé si hay más *chies*), que como poeta, no valdrá mucho más que Cánovas.

En lo demás no me meto.

Conozco del señor Luchichí una composición titulada *Crepuscular*, publicada en un periódico mejicano, á la vuelta de un artículo sobre higiene.

Y la conozco porque mis amigos de Minatitlán me la remitieron.

Está escrita en *pidalinos*, ya que *alejandrinos* en general no se pueda llamar á sus versos, porque son demasiado malos.

El señor *Lu*.... y dos *chies* se dirige á una ni-